

Discurso del señor presidente de la República, Luiz Inácio Lula da Silva, en su toma de posesión 1º de enero de 2003*

Excelentísimos Señores Jefes de Estado y de Gobierno;
Señoras y señores visitantes y jefes de las misiones especiales extranjeras;
Excelentísimo Señor Presidente del Congreso Nacional, Senador Rames Tebet;
Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República, José Alencar;
Excelentísimo Señor Presidente de la Cámara de Diputados, Diputado Efraim
Morais;
Excelentísimo Señor Presidente del Supremo Tribunal Federal, Ministro Marco
Aurélio Mendes de Faria Mello;
Señoras y Señores Ministros y Ministras de Estado;
Señoras y Señores Parlamentarios;
Señoras y Señores presentes en este acto de toma de posesión:

Cambio, esta es la palabra clave, este fue el gran mensaje de la sociedad brasileña en las elecciones de octubre de 2002. La esperanza finalmente venció al miedo y la sociedad brasileña decidió que era el momento de recorrer nuevos caminos.

Ante el agotamiento de un modelo que en vez de generar crecimiento produjo estancamiento, desempleo y hambre; ante el fracaso de una cultura del individualismo, del egoísmo, de la indiferencia ante el prójimo, de la desintegración de las familias y de las comunidades.

Ante las amenazas a la soberanía nacional, la avasallante precariedad de la seguridad pública, el irrespeto a los más viejos y el desaliento de los más jóvenes; ante el *impasse* económico, social y moral del país, la sociedad brasileña eligió cambiar y comenzó, ella misma, a promover el cambio necesario.

Fue por eso que el pueblo brasileño me eligió como Presidente de la República: para cambiar. Este fue el sentido de cada voto emitido para mí y para mi valiente compañero José Alencar. Y estoy aquí, en este día soñado por tantas generaciones de luchadores que vivieron antes que nosotros, para reafirmar mis compromisos más profundos y esenciales, para reiterar a todo ciudadano y ciudadana de mi país el significado de cada palabra dicha en la campaña, para imprimir al cambio un carácter de intensidad práctica, para decir que llegó la

* Traducción del portugués por la Mtra. Irene Sánchez.

hora de transformar a Brasil en la nación con la cual siempre soñamos: una nación soberana, digna, consciente de su propia importancia en el escenario mundial y, al mismo tiempo, capaz de abrigar, acoger y tratar con justicia a todos sus hijos.

Vamos a cambiar, sí. Cambiar con decisión y cuidado, humildad y osadía; cambiar teniendo conciencia de que el cambio es un proceso gradual y continuo, no un simple acto de voluntad, no un arranque voluntarista. Cambio por medio del diálogo y la negociación, sin atropellos o precipitaciones para que el resultado sea consistente y duradero.

Brasil es un país inmenso, un continente de alta complejidad humana, ecológica y social, con casi 175 millones de habitantes. No podemos dejarlo a la deriva, al ritmo de los vientos, carente de un verdadero proyecto de desarrollo nacional y de planificación de carácter estratégico. Si queremos transformarlo, a fin de vivir en una Nación en la que todos puedan andar con la cabeza erguida, tendremos que ejercer cotidianamente dos virtudes: la paciencia y la perseverancia.

Tendremos que mantener bajo control nuestras muchas y legítimas ansiedades sociales, para que éstas puedan ser atendidas a un ritmo adecuado y en el momento justo; tendremos que andar el camino con los ojos abiertos y caminar con pasos meditados, precisos y sólidos, por el simple motivo de que nadie puede recoger los frutos antes de plantar los árboles.

Pero comenzaremos a cambiar ya, pues como dice la sabiduría popular: una larga caminata comienza por los primeros pasos.

Este es un país extraordinario. De la Amazônia a Río Grande do Sul, en medio de las poblaciones costeras, sertaneras y ribereñas, lo que veo por todos lados es un pueblo maduro, "curtido" y optimista. Un pueblo que no deja nunca de ser nuevo y joven, un pueblo que sabe lo que es sufrir, pero también sabe lo que es la alegría, que confía en sí mismo y en sus propias fuerzas. Creo en un futuro grandioso para Brasil, porque nuestra alegría es mayor que nuestro dolor, nuestra fuerza es mayor que nuestra miseria, nuestra esperanza es mayor que nuestro miedo.

El pueblo brasileño, tanto en su historia más antigua como en la más reciente, ha dado pruebas irrefutables de grandeza y generosidad, pruebas de capacidad de movilizar la energía social en grandes momentos cívicos; y yo deseo, antes que cualquier otra cosa, convocar a mi pueblo, justamente a un gran esfuerzo colectivo cívico, a un esfuerzo colectivo contra el hambre.

En un país que cuenta con tantas tierras fértiles y con tanta gente que quiere trabajar no debería haber razón alguna para hablar de hambre. Sin embargo, millones de brasileños, en el campo y en la ciudad, en las zonas rurales más desamparadas y en las periferias urbanas, están, en este momento, sin comer. Sobreviven milagrosamente por debajo de la línea de pobreza, cuando no mueren de miseria mendigando un pedazo de pan.

Esta es una historia antigua. Brasil conoció la riqueza de los ingenios y de las plantaciones de caña de azúcar en los primeros tiempos coloniales, mas no venció el hambre; proclamó la independencia nacional y abolió la esclavitud, mas no

venció el hambre; conoció la riqueza de los yacimientos de oro en Minas Gerais y de la producción de café en el Valle del Paraíba, pero no venció el hambre; se industrializó y forjó un notable y diversificado parque productivo, mas no venció el hambre. Esto no puede continuar así.

Mientras haya un hermano brasileño o una hermana brasileña sufriendo hambre tendremos motivos de sobra para cubrirnos de vergüenza.

Por eso definí entre las prioridades de mi gobierno un programa de seguridad alimentaria que lleva el nombre de "Hambre Cero". Como dije en mi primer pronunciamiento después de la elección: si al final de mi mandato todos los brasileños tienen la posibilidad de desayunar, comer y cenar, habré cumplido la misión de mi vida.

Es por eso que hoy proclamo: ¡vamos a acabar con el hambre en nuestro país! Transformemos el fin del hambre en una gran causa nacional como fueron en el pasado la creación de PETROBRAS y la memorable lucha por la redemocratización del país. Esa es una causa que puede y debe ser de todos sin distinción de clase, partido, ideología. De cara al clamor de los que padecen el flagelo del hambre debe prevalecer el imperativo ético de sumar fuerzas, capacidades e instrumentos para defender lo que es más sagrado: la dignidad humana.

Para eso también será imprescindible hacer una reforma agraria pacífica, organizada y planificada.

Vamos a garantizar el acceso a la tierra para quien quiera trabajar, no sólo por una cuestión de justicia social, sino también para que los campos de Brasil produzcan más y traigan más alimentos a la mesa de todos nosotros, traigan trigo, soya, harina, frutas, traigan nuestro frijol con arroz. Para que el hombre del campo recupere su dignidad sabiendo que al levantarse, al salir el sol, cada movimiento de su azadón o de su tractor contribuirá al bienestar de los brasileños del campo y de la ciudad; vamos a incentivar también la agricultura familiar, el cooperativismo, las formas de economía solidaria. Todo eso es perfectamente compatible con nuestro vigoroso apoyo a la industria pecuaria y a la agricultura empresarial, a la agroindustria y al agronegocio; es, en verdad, complementario tanto en la dimensión económica como en la social. Debemos enorgullecernos de todos esos bienes que producimos y comercializamos.

La reforma agraria se hará en tierras ociosas, en millones de hectáreas hoy disponibles para el arribo de familias y de semillas que brotarán vigorosas con líneas de crédito y asistencia técnica y científica. Haremos eso sin afectar de ningún modo las tierras que producen, porque las tierras productivas se justifican por sí mismas y serán estimuladas a producir siempre más, como sucede con la gigantesca montaña de granos que cosechamos cada año.

Hoy, muchas áreas del país están debidamente ocupadas, las plantaciones se esparcen más allá de donde alcanza la vista; existen lugares donde alcanzamos una mayor productividad que la de Australia o la de Estados Unidos. Tenemos que cuidar bien –muy bien– este inmenso patrimonio productivo brasileño. Por otro lado, es absolutamente necesario que el país vuelva a crecer generando empleos y distribuyendo la riqueza.

Quiero reafirmar aquí mi compromiso con la producción, con los brasileños y brasileñas que quieren trabajar y vivir dignamente del fruto de su trabajo. Dije y repito: crear empleos será mi obsesión. Vamos a poner un énfasis especial en el Proyecto "Primero Empleo", dirigido a dar oportunidades a los jóvenes que hoy encuentran serias dificultades para insertarse en el mercado de trabajo. En ese sentido, trabajaremos para superar nuestras vulnerabilidades actuales y crear condiciones macroeconómicas favorables para recuperar el crecimiento sostenido. Para esto, la estabilidad y la gestión responsable de las finanzas públicas son valores esenciales.

Para avanzar en esa dirección, además del combate implacable a la inflación, necesitaremos exportar más, agregando valor a nuestros productos y actuando con energía y creatividad en los terrenos del comercio globalizado.

En el mismo sentido es necesario incrementar –y mucho– el mercado interno, fortaleciendo a las pequeñas y medianas empresas. Es necesario también invertir en capacitación tecnológica e infraestructura volcada a la producción.

Para reintegrar a Brasil en el camino de un crecimiento que genere los puestos de trabajo tan necesarios, carecemos de un auténtico pacto social para el cambio y de una alianza que entrelace objetivamente al trabajo y al capital productivo, generadores de la riqueza fundamental de la Nación, de modo que Brasil supere el estancamiento actual y vuelva a navegar en el mar abierto del desarrollo económico y social.

El pacto social será, igualmente, decisivo para viabilizar las reformas que la sociedad brasileña reclama y que yo me comprometí a hacer: reforma de la prevención social, reforma tributaria, reforma política y de la legislación laboral, así como la propia reforma agraria. Ese conjunto de reformas va a impulsar un nuevo ciclo de desarrollo nacional.

Instrumento fundamental de ese pacto para el cambio será el Consejo Nacional de Desarrollo Económico y Social que pretendo instalar de inmediato a partir de enero, reuniendo a empresarios, trabajadores y líderes de los diferentes segmentos de la sociedad civil.

Estamos en un momento particularmente propicio para eso. Un momento crucial en la vida de un pueblo. Un momento en que el presidente de la República tiene consigo, a su lado, la voluntad nacional. El empresariado, los partidos políticos, las Fuerzas Armadas y los trabajadores están unidos. Los hombres, las mujeres, los más viejos, los más jóvenes, están hermanados en un mismo propósito de contribuir para que el país cumpla su destino histórico de prosperidad y justicia.

Además del apoyo de la inmensa mayoría de las organizaciones y de los movimientos sociales, contamos también con la adhesión entusiasta de millones de brasileños y brasileñas que quieren participar de esa cruzada para retomar el crecimiento y luchar contra el hambre, el desempleo y la desigualdad social. Se trata de una poderosa energía solidaria que nuestra campaña electoral despertó y que no podemos y no vamos a desperdiciar. Una energía ético-política extraordinaria que nos empeñaremos para que encuentre canales de expresión en nuestro gobierno.

Por todo eso, creo en el pacto social. Con ese mismo espíritu conformé mi gabinete con algunos de los mejores líderes de cada segmento económico y social brasileño. Trabajaremos en equipo, sin personalismos, por el bien de Brasil, y vamos a adoptar un nuevo estilo de gobierno con absoluta transparencia y permanente estímulo a la participación popular.

El combate a la corrupción y la defensa de la ética en el tratamiento de la cosa pública serán objetivos centrales y permanentes de mi gobierno. Es preciso enfrentar con determinación y derrotar a la verdadera cultura de la impunidad que prevalece en ciertos sectores de la vida pública.

No permitiremos que la corrupción, el engaño y el desperdicio continúen privando a la población de recursos que son suyos y que tanto podrían ayudarles en su dura lucha por la sobrevivencia.

Ser honesto es algo más que no robar y no dejar robar. Es también aplicar con eficiencia y transparencia, sin desperdicios, los recursos públicos enfocados a resultados sociales concretos. Estoy convencido que tenemos, de esa forma, una oportunidad única de superar los principales obstáculos al desarrollo sustentado del país. Y créanlo, créanlo de verdad, no pretendo desperdiciar esa oportunidad conquistada con la lucha de millones y millones de brasileños y brasileñas.

Bajo mi gestión, el Poder Ejecutivo mantendrá una relación constructiva y fraterna con los otros Poderes de la República, respetando ejemplarmente su independencia y el ejercicio de sus altas funciones constitucionales.

Yo, que tuve el honor de ser parlamentario de este recinto, espero contar con la contribución del Congreso Nacional en el debate responsable y en la viabilización de las reformas estructurales que el país demanda de todos nosotros.

Durante mi gobierno, Brasil va a estar en el centro de todas las miradas. Brasil precisa, en todos los dominios, sumergirse dentro de sí mismo a fin de crear fuerzas que le permitan ampliar su horizonte. Este sumergirse no significa cerrar las puertas y ventanas al mundo. Brasil puede y debe tener un proyecto de desarrollo que sea al mismo tiempo nacional y universalista; significa, simplemente, adquirir confianza en nosotros mismos, en la capacidad de fijar objetivos de corto, mediano y largo plazos y de buscar llevarlos a cabo. El punto principal del modelo hacia el cual queremos caminar es la ampliación del ahorro interno y de nuestra propia capacidad de inversión; asimismo, Brasil necesita valorizar su capital humano invirtiendo en conocimiento y tecnología. Sobre todo, vamos a producir. La riqueza con la que cuenta es aquella generada por nuestras propias manos, producida por nuestras máquinas, por nuestra inteligencia y por nuestro sudor.

Brasil es grande. A pesar de todas las crueldades y discriminaciones ejercidas especialmente contra las comunidades indígenas y negras, y de todas las desigualdades y dolores que no debemos olvidar jamás, el pueblo brasileño realizó una obra de resistencia y construcción nacional admirable. Construyó, a lo largo del siglo, una nación plural, diversificada, inclusive contradictoria, pero que se entiende de una punta a otra del territorio: de los encantados de la Amazonia a los orixás de Bahía; del *frevo* pernambucano a las escuelas de samba de Río de Janeiro; de los tambores de Maranhão al barroco minero; de la arquitectura de

Brasilia a la música sertanera. El arco de su diversidad se extiende a lo largo de las culturas de São Paulo, Paraná, Santa Catarina, Río Grande del Sur y la región Centro-Oeste. Esta es una nación que habla la misma lengua, comparte los mismos valores fundamentales, se siente brasileña. Una nación donde el mestizaje y el sincretismo se impusieron dando una contribución original al mundo; donde judíos y árabes conversan sin miedo, donde toda migración es bienvenida, porque sabemos que en poco tiempo, por nuestra propia capacidad de asimilación y de bien querer, cada migrante se transforma en un brasileño más.

Esta Nación que se forjó bajo el cielo tropical tiene que decir a qué vino; internamente, haciendo justicia a la lucha por la sobrevivencia en que sus hijos se hayan enfrascados; externamente, afirmando su presencia soberana y creativa en el mundo. Nuestra política exterior reflejará también las ansias de cambio que se expresaron en las calles. En mi gobierno, la acción diplomática de Brasil estará orientada por una perspectiva humanista y será, ante todo, un instrumento de desarrollo nacional. Por medio del comercio exterior, de la capacitación de tecnologías avanzadas y de la búsqueda de inversiones productivas, la relación hacia el exterior de Brasil deberá contribuir para mejorar las condiciones de vida de la mujer y del hombre brasileño, elevando los niveles de ingreso y generando empleos dignos.

Las negociaciones comerciales son hoy de vital importancia. Con relación al ALCA, en los acuerdos entre el MERCOSUR y la Unión Europea, en la Organización Mundial del Comercio, Brasil combatirá el proteccionismo, luchará por la eliminación y tratará de obtener reglas más justas y adecuadas a nuestra condición de país en desarrollo. Buscaremos eliminar los escandalosos subsidios agrícolas de los países desarrollados que perjudican a nuestros productores privándolos de sus ventajas comparativas. Con igual empeño, nos esforzaremos para remover los injustificables obstáculos a las exportaciones de productos industriales. Esencial en todos estos foros es preservar los espacios de flexibilidad para nuestras políticas de desarrollo en los campos social y regional, de medio ambiente, agrícola, industrial y tecnológico. No perderemos de vista que el ser humano es el destinatario último del resultado de las negociaciones. De poco valdría participar de un esfuerzo tan amplio y en tantos frentes si ello no se traduce en beneficios directos para nuestro pueblo. Estaremos atentos también para que esas negociaciones, que hoy en día van mucho más allá de meras reducciones tarifarias y engloban un amplio espectro normativo, no signifiquen restricciones inaceptables al derecho soberano del pueblo brasileño de decidir sobre su modelo de desarrollo.

La gran prioridad de la política exterior de mi gobierno será la construcción de una América del Sur políticamente estable, próspera y unida, con base en ideales democráticos y de justicia social. Para eso es esencial una acción decidida de revitalización del MERCOSUR, debilitado por las crisis de cada uno de sus miembros y por visiones muchas veces estrechas y egoístas de lo que significa la integración.

El MERCOSUR, así como la integración de América del Sur en su conjunto, es sobre todo un proyecto político. Mas ese proyecto reposa en fundamentos económico-comerciales que precisan de manera urgente ser reparados y reforzados.

Cuidaremos también de las dimensiones social, cultural y científico-tecnológica del proceso de integración. Estimularemos iniciativas conjuntas y fomentaremos un vivo intercambio intelectual y artístico entre los países sudamericanos. Apoyaremos los arreglos institucionales necesarios para que pueda florecer una verdadera identidad del MERCOSUR y de Sudamérica. Varios de nuestros vecinos viven hoy situaciones difíciles. Contribuiremos, según seamos llamados y en la medida de nuestras posibilidades, para encontrar soluciones pacíficas a tales crisis, con base en el diálogo, en los preceptos democráticos y en las normas constitucionales de cada país.

Tendremos el mismo empeño de cooperación concreta y de diálogos sustantivos con todos los países de América Latina.

Buscaremos tener con Estados Unidos de América una relación madura, con base en el interés recíproco y en el respeto mutuo. Trataremos de fortalecer el entendimiento y la cooperación con la Unión Europea y sus Estados miembros, así como con otros importantes países desarrollados, como Japón. Profundizaremos las relaciones con grandes naciones en desarrollo: China, India, Rusia, Sudáfrica, entre otras.

Reafirmamos los lazos profundos que nos unen a todo el continente africano y también nuestra disposición de contribuir activamente para que desarrolle sus enormes potencialidades.

Contemplamos no sólo explotar los beneficios potenciales de un mayor intercambio económico y de una mayor presencia de Brasil en el mercado internacional, sino también estimular los incipientes elementos de multipolaridad de la vida internacional contemporánea.

La democratización de las relaciones internacionales, sin hegemonías de cualquier especie, es tan importante para el futuro de la humanidad como la consolidación y el desarrollo de la democracia al interior de cada Estado.

Revalorizaremos a las organizaciones multilaterales, en especial a la Organización de las Naciones Unidas que tiene la primacía en la preservación de la paz y de la seguridad internacionales.

Las resoluciones del Consejo de Seguridad deben ser fielmente cumplidas. Crisis internacionales como la del Medio Oriente deben ser resueltas por medios pacíficos y mediante la negociación. Defenderemos un Consejo de Seguridad reformado, representativo de la realidad contemporánea, con países desarrollados y en vías de desarrollo de las diversas regiones del mundo entre sus miembros permanentes.

Enfrentaremos los desafíos de la hora actual como el terrorismo y el crimen organizado, valiéndonos de la cooperación internacional y con base en los principios del multilateralismo y del Derecho Internacional.

Apoyaremos los esfuerzos por convertir a la ONU y sus agencias en instrumentos ágiles y eficaces de la promoción del desarrollo social y económico; de com-

bate a la pobreza, a las desigualdades y a todas las formas de discriminación; de la defensa de los derechos humanos y de la preservación del medio ambiente.

Sí, tenemos un mensaje que dar al mundo: colocar nuestro proyecto nacional democráticamente en diálogo abierto con las demás naciones del planeta porque nosotros somos lo novedoso de una civilización que se diseñó sin temor, porque se diseñó en el cuerpo, en el alma y en el corazón del pueblo, muchas veces a contracorriente de las elites, de las instituciones y hasta del Estado mismo.

Es verdad que el deterioro de los lazos sociales en Brasil, en las últimas dos décadas de políticas económicas que no favorecieron el crecimiento, trajo consigo una nueva amenaza al padrón de tolerancia de la cultura nacional. Crímenes horrendos, masacres y linchamientos crisparon al país e hicieron de la vida cotidiana, sobre todo en las grandes ciudades, una experiencia próxima a la de la guerra de todos contra todos.

Por eso inicio este mandato con la firme decisión de poner al Gobierno Federal en consonancia con los estados, al servicio de una política de seguridad pública mucho más vigorosa y eficiente. Una política que, combinada con acciones de salud y educación, entre otras, sea capaz de prevenir la violencia, reprimir la criminalidad y restablecer la seguridad de los ciudadanos y las ciudadanas.

Si logramos caminar de nuevo en paz en nuestras calles y plazas daremos un extraordinario impulso al proyecto nacional de construir, en este rincón de América, un bastión mundial de la tolerancia, del pluralismo democrático y de la convivencia respetuosa con la diferencia.

Brasil puede dar mucho a sí mismo y al mundo. Por eso debemos exigirnos mucho a nosotros mismos. Debemos exigir mucho más de lo que pensamos, porque aún no nos expresamos por entero en nuestra historia, porque aún no cumplimos la gran misión planetaria que nos espera. Brasil, en esta nueva empresa histórica, social, cultural y económica, tendrá que contar, sobre todo, consigo mismo; tendrá que pensar con su cabeza; andar con sus propias piernas; escuchar lo que dice su corazón. Y todos vamos a tener que aprender a amar con intensidad aún más a nuestro país, amar a nuestra bandera, amar a nuestra lucha, amar a nuestro pueblo.

Cada uno de nosotros, brasileños, sabemos que lo que hasta hoy hicimos no ha sido poco, pero sabemos también que podemos hacer mucho más. Cuando veo mi propia vida de migrante nordestino que huye de la sequía, que de niño vendía cacahuates y naranjas en el puerto de Santos, que se convirtió en mecánico y líder sindical, que un día fundó el Partido de los Trabajadores y creyó en lo que estaba haciendo, que ahora asume el puesto de Supremo Mandatario de la Nación, veo y sé, con toda claridad y con toda convicción, que nosotros podemos hacer mucho más.

Y, para eso, basta creer en nosotros mismos, en nuestra fuerza, en nuestra capacidad de crear y en nuestra disposición para hacer.

Estamos comenzando hoy un nuevo capítulo en la historia de Brasil, no como nación sumisa cediendo en su soberanía, ni como nación injusta que presencia el sufrimiento de los más pobres, sino como nación altiva, noble, autoafirmándose

con decisión en el mundo como nación de todos, sin distinción de clase, de etnia, de sexo o de creencia.

Este es un país que puede dar, y va a dar, un verdadero salto de calidad. Este es el país del nuevo milenio, por su potencial agrícola, por su estructura urbana e industrial, por su fantástica biodiversidad, por su riqueza cultural, por su amor a la naturaleza, por su creatividad, por su capacidad intelectual y científica, por su calor humano, por su amor a lo nuevo y a la creatividad, pero sobre todo por los dones y poderes de su pueblo.

Lo que estamos viviendo hoy en este momento, mis compañeros y compañeras, mis hermanos y hermanas de todo Brasil, puede ser resumido en pocas palabras: hoy es el día del reencuentro de Brasil consigo mismo.

Agradezco a Dios el haber llegado a donde llegué. Soy ahora el servidor público número uno de mi país.

Pido a Dios sabiduría para gobernar, discernimiento para juzgar, serenidad para administrar, energía para decidir y un corazón del tamaño de Brasil para sentirme unido a cada ciudadano y ciudadana de este país en la cotidianeidad de los próximos cuatro años.

¡Viva el pueblo brasileño!